

Pensar lo ambiental como la casa compartida: el desafío de la Educación Ambiental aquí y ahora

Autora:

Ma. Laura Barcia Rivera Indarte¹

Introducción

Reflexionar críticamente sobre las propias prácticas es tan inherente a la Educación Ambiental (EA), como entender su dinámica de praxis permanente: un ida y vuelta moebiano entre lo que hacemos y el conocimiento que vamos construyendo. La EA, gracias a los aportes desde la dimensión pedagógica- didáctica de la Pedagogía crítica y la Educación popular de Paulo Freire, ha ido evolucionando y se ha consolidado en un lento proceso de construcción como campo de estudio y como campo de práctica. Anclada identitariamente desde el pensamiento ambiental latinoamericano y la justicia ambiental, las y los educadores ambientales latinoamericanos hemos aprendido que no es posible mirar críticamente y transformar una realidad si no se abraza al territorio desde los saberes y conocimientos instalados, pero también desde los emociones implicadas: entender y encarnar el paradigma de la complejidad exige la capacidad de ponerse en el lugar del otro para comprender las muchas perspectivas, las muchas capas de poder que circulan, los variados colores de filtros con que se mira ese lugar que habitamos. La complejidad en el polvo del territorio se llama consenso. Y ese territorio, sea el aula de parvularia o el patio de la escuela, sea la plaza del barrio o el río que lo atraviesa, sea la huerta comunitaria o los campos de pastizales, sea un edificio urbano o un poblado rural, sea la orilla de la playa o el mar profundo...ese territorio compartido es nuestra casa común, por lo cual el trabajo de la EA es transformar las relaciones entre quienes lo habitan (en toda su diversidad) y ese lugar (concreto, palpable, transitable, amado). Estas breves reflexiones personales buscan entonces ser continuadas colectivamente, arborescentemente. No para las generaciones futuras, sino para las presentes.

Palabras clave: Educación ambiental; territorio; diálogo; consenso.

Cuando la violencia virtual se vuelve agresión presencial

La pandemia nos dejó, entre tantísimas consecuencias negativas, un ecosistema virtual en donde la forma de relacionamiento es un todo vale: las fakes news, las cámaras apagadas, la impunidad de las falsas identidades, las múltiples cuentas, la ira descontrolada, la agresividad verbal, la discriminación feroz y exacerbada, la exigencia permanente de la inmediatez, lo efímero de las noticias y un largo, larguísimo etcétera. Y con todo ese bagaje, la vuelta a la ¿normalidad? y a la presencialidad desde ese otro espacio virtual compartido, no nos está siendo un proceso fácil como sociedad. Desde el mundo adulto fuimos normalizando transferir ese ecosistema virtual agresivo como mediador en las relaciones en la realidad cotidiana, y, por vasos comunicantes, a nuestras infancias y adolescencias. El problema radica en que esta ruptura en la forma de relacionarnos, esta disrupción tan rápida no nos dio tiempo a reaccionar, a pensar, a buscar alternativas...

¹ Prof. Mag. , asesora en Educación Ambiental, Dirección Nacional de Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos, Ministerio de Ambiente, Uruguay

Y de manera imprevista, esta posmodernidad de líquida pasó a holográfica: estamos viviendo la llegada concreta de esos vientos de violencia a nuestras aulas, a nuestros patios, a nuestros barrios, a nuestras canchas de fútbol, a nuestros trabajos, a nuestros clubes, a nuestros...

Las brechas se vuelven cotidianamente palpables porque continúan profundizándose, los algoritmos nos hacen ver sólo lo que queremos: nos encierran, retroalimentan y potencian en nuestros mismos enojos, idénticos miedos, frustraciones compartidas, desconfianzas heredadas. El otro como peligro, el diferente como amenaza, el político/deportivo/religioso/género diverso o de nacionalidad o etnia distinta como enemigos... Bajamos el celular, nos apartamos de la pantalla, pero las rabias quedan en la piel, y por las dudas, atacamos como la mejor defensa.

¿Podremos hacer algo, estamos a tiempo de cambiar? ¡Claro que sí! Siempre estamos a tiempo de transformar nuestra realidad. El tema es no dejarse llevar por la marea, pararse a reflexionar juntos. Pero, ¿tendrá la EA algo para aportar en estas nuevas formas de habitar las relaciones en los territorios? ¡Por supuesto que sí! Transformar las relaciones, recuperar los afectos, crear espacios para hablar de lo que nos pasa, de lo que nos preocupa, de lo que nos atraviesa. Re-tejer redes de confianza, poner en palabras estas emociones que nos sacuden, no para reprimirlas, sino para vitalizarlas: recuperar el poder y el valor de la palabra. ¿Cómo?

- **Reconstruyendo el diálogo desde la horizontalidad**

Una de las dimensiones más bellas y más transformadoras de los procesos en EA, basadas en la Educación popular, es la recuperación de los espacios circulares de diálogos: rondas de palabras donde cada sentir, cada decir, cada saber es importante. Promover procesos participativos donde hablar implique mirar a los ojos, hacer contacto visual con ese/a otro/a, dando tiempo a que cada participante pueda expresarse, pueda ser escuchado y pueda ser comprendido. Hablar sobre las emociones que nos atraviesan sin tiempo a ser procesadas. Hablar pausadamente, al ritmo propio, no a las corridas, ni mirando de reojo una pantalla. Hacernos tiempo para dialogar, para reflexionar juntos sobre lo que nos pasa, analizando las causas, pensando en las consecuencias. Volver a reírnos juntas y juntos. ¿La excusa? Cualquier tema que nos preocupe o implique a todas y todos. Profundizarlo. Dejar de lado los clichés y los memes: hablar de la multicausalidad de las cosas, dejar de intentar entender la vida como blanco/negro, bueno/malo, influencer/looser...

¿En dónde empezar? En todos lados: en los espacios comunales o vecinales, con las familias, en las aulas de básica, media o superior, en las pausas con los colegas del trabajo, en los colectivos sociales. Ejercer la palabra como espacio de encuentro con la otredad, con la alteridad de aquellos con los que compartimos una cotidianeidad, un territorio en común.

Recuperar la confianza en la palabra del otro.

- **Revalorizando al consenso para crear gobernanza**

Pareciera que lograr un diálogo genuino es de los mayores desafíos en las relaciones interpersonales: teniendo el don de la palabra, llama la atención cómo nos cuesta comunicarnos, expresarnos con honestidad, dar tiempo a los silencios necesarios, habitar las charlas incómodas. Comunicarnos por redes sociales tampoco ayuda verdaderamente a conectarnos con el otro. En este contexto, plantearnos no sólo re-

aprender a dialogar, sino además intentar acordar decisiones juntos suena a utopía romántica, a frase new-age.

Y sin embargo, empecinadamente esperanzados a lo Freire, sabemos con certeza empírica que la EA permite justamente eso, a través de sus metodologías participativas, mediadas por la creatividad y el compromiso de las y los educadores ambientales. Logra recuperar la capacidad de expresar nuestras ideas y de escuchar las de los otros sin buscar convencerlos, sin desvalorizar al otro, respetando los saberes distintos. Y establece estas mismas condiciones como irrenunciables a la hora de analizar colectivamente el estado, las causas y las posibles soluciones a las diferentes situaciones-problemas-conflictos ambientales que atraviesan nuestra casa compartida.

Construir ciudadanía ambiental implica el desafío ético de crear espacios seguros donde las y los participantes se expresen con libertad, confiando en el valor del proceso colectivo y compartido. En ese marco si es factible tomar decisiones por consenso. No por mayoría. No por urgencias(muchas veces exógenas). No convenciendo al otro de lo que es importante para mí. Aunque esa decisión quede “a mitad de camino” entre los deseos de unos y de otros. Pero es de todas y todos, es en lo que sí estamos de acuerdo. Es hasta donde pudimos llegar hoy en nuestra historia grupal.

Tomar decisiones por consenso implica un aprendizaje compartido, un tiempo de convivencia, un proceso de transformación personal y comunitaria. Aunque esas decisiones impliquen la elección del color más adecuado para el salón de clase, un protocolo de convivencia para el uso del patio de la escuela en los recreos, acordar cómo monitorear la calidad del agua del arroyo que nos rodea, cómo participar en el control de una especie exótica invasora, o planificar procesos de restauración ecosistémica de las playas más cercanas.

Aprender a decidir por consenso es también un proceso de EA. Por lo tanto, es un proceso educativo y social, creador de nuevas culturas.

Abriendo puertas

Al principio decíamos que la intención de estas reflexiones eran la arborescencia, la continuidad, la profundización.

Aunque les propongo un requisito imprescindible: abandonar la creencia de la irreversibilidad de la situación actual. Dejar de aferrarnos a visiones apocalípticas y estar plenamente convencidos de que la EA es, efectivamente, transformadora .

Si no creemos en que otros mundos son posibles, difícilmente logremos catalizar procesos. Si no estamos confiados en que otra forma de relacionarnos es posible, porque es inherente al derecho a vivir en ambientes con calidad ambiental, seguramente nuestras palabras y acciones no resuenen como motores de cambio.

Por eso nuestras prácticas educativas ambientales deben ser situadas, partir del aquí y ahora, de lo que nos atraviesa, de lo que nos pasa, por más difícil que sea. Como en familia, trabajar juntos por la casa compartida.

¡Ojalá sigamos reflexionando juntos!